

munidad hacia oracion por su curacion. «Vuestro remedio, le escribe pocos momentos despues devolviéndole el lienzo, ha sido eficaz..... y debo confesar, para gloria de Jesucristo y de su santa esposa Polonia, que no creia poder decir Misa hoy á causa de la grande hinchazon de mi mejilla, pero, habiéndome apoyado en mi reclinatorio y habiéndome aplicado la reliquia, he dicho: ¡Dios mio! que se haga como mis hijas desean, si es vuestra voluntad; y en el mismo instante ha cesado el mal, y mi mejilla se ha deshinchado. ¡Oh, cuán admirable es Dios en sus santos! Ha querido que me sobrevenga el mal para honrar á su esposa Polonia, y darnos una prueba sensible de la Comunión de los santos.» (1) Por último, entre los santos mas amados del Obispo de Ginebra, debemos mencionar aún á los dos San Antonios, el uno patriarca de los solitarios, el otro la gloria de Padua. «He escojido al primero, dice, para ser uno de los custodios de mi pequeño desierto interior, donde permanezco solo con Dios en medio del mundo y de los negocios que me rodean; porque ¿me distraeré entre los hombres si este santo ermitaño no se distraia en sus oraciones con las legiones de demonios?» No amaba menos á San Antonio de Padua, cuyas predicaciones apostólicas han convertido á tantas almas; y reprendia á los censores que desaprobaban el uso popular de dirigirse á él para encontrar las cosas perdidas. «Dios, decia, ha hecho ver que esta era su voluntad, puesto que cien veces ha obrado milagros por la intercesion de este santo; ¿pues por qué no creer en la evidencia de los hechos?....» «Verdaderamente, señor, dijo un dia á uno de estos críticos indiscretos, tengo deseo de que nos encomendemos juntos á este santo para encontrar lo que estamos perdiendo todos los dias, vos la sencillez cristiana, y yo la humildad cuya práctica descuido.» (2)

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 9 de febrero.

(2) *Idem*, 13 de junio.

Esta devocion de Francisco de Sales á algunos santos en particular, no perjudicaba en nada á lo que debia á los santos en general; reverenciaba á todos, sabiendo que Dios se complace en ver honrar á los que le han amado y servido mejor, y se edificaba con la variedad de sus virtudes. Habiéndole dicho un dia, cuenta uno de los empleados de su casa (1), «que la santidad de un santo no se parece á la de otro:—Verdad es que no, contestó, pues hay tantas suertes de santidad como de santos; y los santos no se parecen unos á otros mas que en el cuidado que han tenido todos de tender al mismo fin.» De ahí ese celo piadoso que le hacia ir á decir Misa á las iglesias el dia que se celebraba fiesta de sus patronos, á predicar en ellas y á asistir á los Oficios y oraciones que se hacen en honor del santo tutelar, y de ahí tambien el gran respeto que tenia á las reliquias de los santos. Hemos visto con qué devocion veneró en Grenoble el manto de San Francisco de Paula, y en el monte Voison las reliquias de San German; y hacia lo mismo con las otras reliquias, venerando en ellos los templos que habia ocupado el Espíritu Santo y las arcas donde habia reposado á menudo la sagrada Eucaristía.

CAPITULO IX.

Su caridad con el prójimo.

Para comprender la caridad de Francisco de Sales, es preciso recordar que esta no era en él un amor humano que proviniese de un corazon bueno y sensible, sino una caridad sobrenatural en su principio y en su objeto: en su principio, porque procedia del amor mismo que tenia á Dios, pues segun su doctrina, el amor divino no solo ordena el amor del prójimo sino que le produce en el fondo

(1) Dep. de Miguel Favre.

del corazón, como su imagen y semejanza (1), y en su objeto, porque era á Dios mismo y á Jesucristo su Hijo al que veía y amaba en todos los hombres (2). «Me parece, decía (3), que no amo nada en todo mas que á Dios y á todos los hombres por Dios, y que todo lo que no es Dios ó por Dios es para mí nada. ¡Oh! ¿Cuándo veremos al prójimo en el pecho del Salvador? El que le mira fuera de ese lugar corre riesgo de no amarle pura, constante é igualmente. Pero allí, ¿quién no le amará? ¿Quién no lo tolerará? ¿Quién no sufrirá sus imperfecciones? ¿Quién lo encontrará con poca gracia ó fastidioso, cuando se le ve en este pacto sagrado tan amado y tan amable, que el Dios Salvador muere de amor por él? (4) A la manera que el coral, añadía, en tanto que está en el mar es un arbusto verdoso y sin belleza, pero así que lo sacan y lo esponen al sol, encanta por su color encendido y su brillo; del mismo modo, mientras el amor al prójimo se limita á la naturalidad, no tiene ni bondad ni hermosura, pero así que es espuesto al sol del amor de Dios y santificado con su espíritu, que es caridad, se manifiesta en toda su perfección, socorriendo al prójimo con palabras, obras y ejemplos, proveyendo á todas sus necesidades cuanto puede, alegrándose de su dicha, sobre todo de su progreso espiritual, deseándole los bienes de la gracia y procurándoselos con grande afecto, pero sin inquietud de espíritu ni indignación por los acontecimientos contrarios.» Penetrado de estos hermosos principios amaba al prójimo mas de lo que se puede espresar. «No creo, dice un testigo de su vida habitual (5), que se pueda encontrar nunca en el mundo un hombre que tenga una caridad mas perfecta con el prójimo. Servir y socorrer al prójimo,

(1) *Tratado del amor de Dios*, lib. X, c. XI.

(2) *Idem*, c. XII.

(3) Dep. de la Santa Madre Chantal.

(4) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. X, sec. XXXIII; p. IX, sec. XV.— Conferencia XII.

(5) Dep. de Passis.

«tanto espiritual como corporalmente, era su continuo ejercicio. Las penas, los trabajos, las incomodidades, los mayores peligros, no eran nada para él, con tal de ser útil para socorrer á sus hermanos en Jesucristo. Plugo á Dios Ntro. Señor, decía (1), hacer que mi corazón quiera amar tanto á este amado prójimo, que así lo haya hecho. ¡Oh! ¿Cuándo llegará el día en que estemos todos penetrados de dulzura y caridad para con el prójimo? Yo le he dado toda mi persona, mis medios, mis afecciones, para que se sirva de ellos segun sus necesidades.»

Era en efecto un principio del santo Obispo, que no se debía rehusar nunca á los otros el servicio ó consuelo que pudiera hacérseles; y efectivamente, se le ha visto siempre hacer al prójimo todo el bien que podia, á pesar del daño que pudiera sobrevenirle; y cuando, viéndole consumirse de fatigas, se le manifestaba que tanta abnegación agotaría sus fuerzas y su vida: «Diez años de vida mas ó menos no son nada,» contestaba; y continuaba sus escesivos trabajos, que segun la opinion de muchos abreviaron sus días (2).

Los primeros sobre los cuales el santo Obispo ejercia su caridad, eran sus amigos. Sus bellas cualidades hacia que fueran en gran número, y él por su parte era el mejor amigo que se podia encontrar: amigo sincero y verdadero, enemigo de toda doblez, mas aún de toda lisonja; amigo generoso, que haciendo consistir su placer en procurárselo á los otros, nunca estaba mas contento que cuando habia podido hacer algun servicio, tratando siempre de hacer felices á riesgo de hacer ingratos; amigo fiel, siempre igual en su amistad; amigo discreto, incapaz de dejar comunicar un secreto por ligereza; pero sobre todo amigo tierno, compasivo, y que identificaba toda su alma, si puede decirse así, con la de sus amigos. Lo que mas temia despues de la ofensa de Dios, era disgustarlos, y este

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

(2) *Idem*.

temor llegaba hasta el punto de que hubiera querido morir á consecuencia de grandes enfermedades, á fin, decia, que sus amigos, cansados de ir á visitarle y sus criados de servirle, su muerte, en vez de afligir á nadie, fuese un alivio para todo el mundo (1). Pero oigámosle hablar á él mismo. «Soy en todo el resto de mi alma, dice, débil y »pobre; pero tengo un afecto muy fuerte y casi inmutable »para con aquellos que me conceden la dicha de su amistad (2). El que me provoque en materia de amistad, es »preciso que esté muy firme, porque, y no me quedo »corto (3), no hay nadie en el mundo que tenga el corazón mas tierno y lleno de afecto para sus amigos que yo, »ni que experimente mas vivo sentimiento por su separación (4). Siempre tomaré parte de los sucesos agradables »ó adversos que os sucedan, escribia á su amigo Desha- »ges (5), el cual, por un sentimiento cristiano, habia per- »donado una grave injuria, pero me alegro muy particu- »larmente de este, que ha dado lugar al perdon que habeis »concedido al que sin motivo os habia mostrado desleal- »tad; esto es lo que prueba el mayor esfuerzo del alma, »esto es lo que mas atrae el favor del cielo.»

El santo Obispo podia muy bien hablar así á su amigo, porque aunque tan bueno, tuvo sin embargo gran número de enemigos que con frecuencia le ultrajaban, como hemos visto en el curso de esta historia; de los cuales no se vengó nunca sino haciéndoles todo el bien posible; de suerte que era cosa sabida que bastaba haberle causado algun disgusto, para experimentar al punto los efectos de su bondad, ó haberle ultrajado para recibir sus favores (6). «No sé, decia (7), cómo tengo formado el corazón; pero

(1) El P. la Rivière.

(2) Carta LXI.

(3) Carta LXIII.

(4) Carta LDCCGXXXIX.

(5) Carta L.

(6) Dep. de Lesmontex.—Dep. de la santa Madre Chantal.

(7) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, s. XXXII.

»experimento tanto placer, siento una suavidad tan deli- »ciosa y tan particular en amar á mis enemigos, que si »Dios me hubiera prohibido amarlos, me hubiera costado »trabajo obedecer. Tiene lugar, es cierto, un pequeño »combate, pero al fin se viene á parar á esta palabra de »David: *Disgustaos, pero no pequeis*. ¿Por qué no hemos »de tolerar á los que Dios mismo tolera, teniendo ante los »ojos el grande ejemplo de Jesucristo orando en la cruz »por sus enemigos, los cuales ciertamente no nos han cru- »cificado y perseguido hasta la muerte? ¡Oh! ¿Quién no »amará á ese querido enemigo por quien Jesucristo ha »orado? Pues Él no oraba solo por los que le crucificaban, »sino tambien por los que nos persiguen y le persiguen en »nosotros, segun lo dijo San Pablo: ¿Por qué me persi- »gues? palabras que deben entenderse de sus miembros.»

Habiendo faltado algunos religiosos un dia hasta llegar á la violencia y á vias de hecho, los contuvo con la firmeza que exigia su deber, pero sin ningun arrebato; y habiéndole pedido al dia siguiente el superior de la casa un favor señalado, se lo concedió con su acostumbrada bondad. «¿Cómo es posible, le dijo uno de su familia, que los »trateis así despues de lo que os han hecho?—Si este pa- »dre me hubiera pedido uno de mis brazos, contestó, se lo »hubiera dado.» En una ocasion recibió dos cartas, una de las cuales era muy mortificativa y capaz de herir en lo mas vivo. «No contestaré, pero pediré á Dios hable al corazón »de este hombre y le haga conocer su voluntad.» La otra le decia que cierto caballero hablaba de él indignamente en algunas reuniones. «¿Qué otra cosa hay que deducir de »aquí, dijo, sino que es preciso que ruegue mucho á Dios »por él?» Hacia dos años que una persona le perseguia con palabras de menosprecio y desden á él y á su querida orden de la Visitacion, cuando, hablando en una de sus cartas de este personaje que se habia hecho su enemigo, escribe estas palabras: «Le amo de un modo increíble. ¡Oh! »cuánto bien le deseo!» Y algun tiempo despues, habiendo sabido su muerte, manifestó un vivo dolor, como si hu-

biera perdido á un amigo. Algunos meses mas tarde, hablándole aún de este enemigo: «¡Ah! dijo, todos los dias »ruego á Dios por él cuando estoy en el altar santo.»

Así todos, amigos y enemigos, encontraban en el santo una acogida benévola, con la sola diferencia de que aquellos de quienes tenia mas motivo de queja, eran siempre los mejor tratados. Habiéndole manifestado una persona cierto dia la sorpresa que esto le causaba, añadiendo que le admiraba cómo podía tolerar á un hombre que murmuraba siempre de él: «Os admirareis menos, le contestó, »cuando sepais que una vez conseguido el ver á mis »amigos, no se pasan quince dias sin que sean mis ami- »gos.» (1) Era que, en efecto, la caridad que rebosaba de su corazon parecia derramarse en sus conversaciones, como igualmente en todo su semblante y en todas sus maneras. Una frente siempre serena, un aire franco y risueño, una contestacion viva y pronta, una dulzura inesplicable, hacian admirar en él todo lo que la virtud tiene de mas amable. Fácil en ceder á los deseos de los demás en cuanto le era permitido, vivia con todos en una perfecta inteligencia. «Me cuesta menos trabajo condescender »á la voluntad de los otros, que atraerlos á lo que yo »quiero.» (2) A veces se encontraba asediado por veinte ó treinta importunos, que querian hablarle en el momento en que otras ocupaciones importantes le absorbian en su cuarto; sin embargo, dejaba todo para oírlos, y no los interrumpia hasta que los dejaba enteramente satisfechos. Se prestaba á todos con el mayor agrado, sin dejar entrever la menor señal de disgusto, impaciencia ó cansancio, escepto una sola vez que, despues de haber estado así ocupado sin descanso en dar audiencia desde muy de mañana hasta las dos y media, exclamó: «¡No puedo mas! y despidió á las visitas, por la imposibilidad en que se encontraba de seguir oyéndolas.

(1) El P. la Rivière, p. 440.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. V, s. XXVIII.

Como eran principalmente las mujeres las que mas abusaban de su bondad, acudiendo en gran número á consultarle, el Sr. Deage, aquel antiguo preceptor al que el humilde prelado habia dejado la libertad de reprenderle como si siguiera siendo aún su discípulo, se permitió hacerle por ello algunas severas reconvenciones. «Esta »afluencia de mujeres en el palacio, le dijo, es inconveniente, y temo que las malas lenguas abusen, atacando »vuestra reputacion que amo mas que la mia.—Señor, »contestó el santo Obispo, Dios, que es caridad, me ha »puesto en un ministerio de caridad, en el que me debo á »todos, y particularmente á los débiles y enfermos. Nues- »tro Señor sabe que en todo eso no miro mas que su amor. »Mientras esté fuertemente unido á él no permitirá que »caiga, y me sostendrá con su mano poderosa. Una caña »en las manos de Jesucristo, se cambia en una columna »del templo.» (1) Otro censor se permitió á su vez echarle en cara esto mismo, añadiendo que no concebía cómo las mujeres recurrian tanto á él, á pesar de que él no las atendia gran cosa. «¿Y acaso os parece poco, replicó graciosamente el santo prelado, dejarlas á ellas que lo digan »todo? Necesitan mas que haya oídos que las oigan, que »no lenguas que las hablen. Dicen bastante por ellas y por »mí; y sin duda esta facilidad que tengo en escucharlas »es lo que las hace apresurarse á venir á mí, porque nada »agrada tanto á un gran charlatan como un paciente oyen- »te.» (2)

Despues de haber recibido á las personas que se presentaban, el caritativo pastor iba en persona á ver á aquellas á quienes la enfermedad impedia ir á él, y entonces era cuando brillaba mejor aún la ternura de su caridad. Parecia una madre á la cabecera de su hijo enfermo; las exhortaba, no con largos discursos que los hubieran fatigado sino con algunas cortas aspiraciones, dejándoles

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. I, sec. XXVIII.

(2) Idem, p. VII, sec. IV.

tiempo para saborearlas, diciéndoles, por ejemplo: «¡Dios
»mío! Que se haga vuestra voluntad y no la mía. Dios y
»Padre mío, en vuestras manos entrego mi alma, mi salud
»y mi vida; me abandono á vos; os amo y me arrepiento
»de no haberos amado siempre.» (1) Las tranquilizaba en
sus inquietudes y las consolaba en sus aflicciones. «Mien-
»tras continúeis en vuestra cama afligido, decía á una
»persona enferma (2), os tributaré una reverencia especial
»y un honor extraordinario, como á una criatura visitada
»por Dios, vestida de su librea y como su esposa espe-
»cial. Cuando nuestro Señor estuvo en la cruz fué decla-
»rado rey aun por sus mismos enemigos; y las almas que
»están en cruz son declaradas reinas. Los ángeles no nos
»envían mas que una cosa, y es que podamos sufrir por
»nuestro Señor, en tanto que ellos no han sufrido nunca
»por Él.» Habiendo encontrado un día á un enfermo que
se afligía con las penas que su enfermedad causaba á sus
hijos: «Yo, por el contrario, le dijo, nunca estoy mas con-
»tento en mis enfermedades que cuando veo á los míos
»que se toman mucho trabajo asistiéndome, porque enton-
»ces me digo: Si hacen todo esto por Dios, como quiero
»creer que lo hacen, ¡cuántos méritos amontonan! ¡Qué
»hermosa recompensa no les espera en el cielo! Y con esta
»consideración me parecen mas dignos de envidia que de
»compasión.» (3)

Esta inmensa caridad del santo Obispo no hacía dis-
tinción entre los grandes y los pequeños, entre los pobres
y los ricos; y los hombres del pueblo, los aldeanos, rústicos,
groseros y mal vestidos, todos eran bien recibidos por
él (4). Le confiaban sus pequeños negocios, y él, sin darles
motivo para que sospecharan que abusaban de su bondad,
escuchaba con benignidad todo lo que tenían que decirle,

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. V.

(2) *Idem*, p. XVIII, sec. LI.

(3) Dep. de Monhottier.

(4) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 49.—Juan de San Francisco,
p. 422.

por insípidas ó fastidiosas que fueran sus esplicaciones, y
contestaba á todos con tanta dulzura que se retiraban lle-
nos de alegría (1).

No podía sufrir que esperasen en su cancillería cuan-
do los negocios los llamaban á ella, y él mismo hacía les
despachasen prontamente los documentos que necesitaban,
ó les enviaba alguno de sus dependientes si no podía ir en
persona (2).

Algunas veces les hablaba en su patuá para agradar-
les mas, y parecía complacerse mucho con ellos, no te-
miendo consumir así en cosas de poca importancia un
tiempo que le era tan precioso para sus demás trabajos.
«Estas pobres gentes, decía (3), tienen necesidad de ser
»oídas y ayudadas en sus negocios como los grandes en
»los suyos; si una cosa que no vale nada turba á un alma,
»no se debe por eso dejar de consolarla. Los pequeños ne-
»gocios son grandes para los pobres, y además no es pe-
»queño negocio consolar á un alma que Jesucristo ha res-
»catado con su sangre.»

Con frecuencia sus criados se impacientaban porque
daba tan libre entrada á toda suerte de gente, aun á per-
sonas de la mas vil condición, á los vendedores ambulantes
y á los charlatanes. «¿Dónde está entonces vuestra ca-
»ridad? les contestaba dulcemente; por lo que á mí hace
»quiero demostrar mi afecto á estos amados prójimos, y
»no me negaré nunca á ellos á cualquier hora que sea.»

Reconviniéndole yo un día, dice la santa Madre Chan-
tal, un poco por la larga conversacion que habia tenido
con una persona de poco entendimiento y educación, me
contestó: «Soy deudor á todos: *Sapientibus et insipienti-
»bus debitor sum.*» Censurándole otra vez por haber ha-
blado mucho tiempo con un pobre sobre una bagatela que
yo llamaba una tontería: «Lo que llamais tontería, me

(1) *Idem*, art. 27.

(2) Dep. de Legaz.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. II, sec. IV.

(3) Dep. de la Santa Madre Chantal.

»dijo, es grave para estas pobres gentes.» El Obispo de Belley cuenta igualmente que un día tuvo que esperar mucho tiempo con varias personas al santo prelado, que estaba escuchando á una pobre mujer ciega y mendiga, y que manifestándole al fin de esta conversacion su admiracion por lo larga que habia sido: «¡Ah! dijo, esta ciega ve »mas claro en las cosas de Dios que muchos que tienen »buenos ojos, y me complazco en hablar con ella.» Se complacia en efecto en conversar con las almas sencillas, y su corazon, contentó en su compañía, se dilataba deliciosamente: amaba sobre todo á los niños, los hablaba con bondad, y los bendecia con una dulce sonrisa.

Uno de sus mayores goces era oír á los pobres darle el título de padre. Un día, refiere el Obispo de Belley (1), que viajaba con él por el lago de Annecy, los bateleros le decian *padre mio* y le hablaban familiarmente. «Veis, me »dijo, esta gente me llaman su padre, y efectivamente me »aman como si lo fuera. ¡Oh, cuánto mas placer me causan llamándome así, que los que me hacen muchos cumplidos dándome el título de Monseñor!» Para mostrarse verdaderamente padre con los pobres de la ciudad y del campo, recibia con un aire lleno de bondad los pequeños presentes que le hacian en reconocimiento por las funciones de su ministerio; uno le presentaba un puñado de nueces ó de castañas; otros manzanas, huevos ó quesos; otros sueldos ú otra pequeña moneda, como estipendio de una Misa; distribuyendo lo que le daban en dinero á los pobres al salir de la Iglesia, y llevando lo que le daban en comestible en sus bolsillos ó en su roquete para comerlo en la mesa, con cuyo motivo citaba las palabras del salmo: «*Laboribus manuum tuarum quia manducabis, beatus est, et bene »tibi erit* (2). Sereis feliz en comer el fruto de vuestro »trabajo.»

Se concibe fácilmente cuán caritativa debia ser una

(1) *Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV, sec. XIV.

(2) Salmo CXXVII, 2.—*Espíritu de San Francisco de Sales*, p. IV.

alma tan buena para con los pobres que estaban en necesidad. Todos los lunes y los jueves daba en la puerta de su palacio una limosna general, mas ó ménos grande, segun el rigor de los tiempos y de las estaciones, y distribuía á todos pan, sopa, legumbres ó vestidos. Los demas días daba limosna individual á todos los que se presentaban, sin rehusar nunca nada á nadie; y si no tenia dinero á mano, lo pedia antes que dejar ir al pobre con las manos vacías, ó bien le daba su ropa, sus vestidos ó su calzado (1). Una vez dió hasta los zapatos que tenia puestos; en otra ocasion entregó las vinajeras de plata de su capilla, y cuando el mayordomo quiso reconvenirle por ello: «Las »vinajeras de cristal, le contestó sonriendo, son preferibles, porque en ellas es imposible confundir el agua y el »vino del sacrificio.» En el invierno sobre todo, no podia ver á los pobres mal vestidos y temblando de frio, sin que les diera al punto, ó dinero para comprarse vestidos, ó á falta de dinero los vestidos mismos de su guarda-ropa, cuando los pobres querian aceptarlos; porque con frecuencia se originaban dificultades con este motivo.

Habiéndose presentado un día un pobre delante de él cubierto de harapos, mandó á su criado le diera uno de sus vestidos interiores; el criado obedeció, pero encontrando el pobre el vestido demasiado remendado: «Monseñor, esclamó, considerad lo que me dan.—Mirad, dijo el caritativo Obispo al criado, si hay alguno mejor.—De todo »lo que teneis, contestó este, es lo menos malo.—¡Ay! »amigo mio, dijo entonces el santo prelado, no tengo otra »cosa mejor; tened la bondad de contentaros con eso.» (2) A veces el criado á su vez se disgustaba de ver desocupar así el guarda-ropa de su amo. «Amigo mio, decia el santo, »no os irriteis; estos vestidos son mas de los pobres que »mios, porque tienen mas necesidad que yo.» (3) Poco sa-

(1) Dep. de la santa Madre Chantal, art. 27.

(2) Dep. de Baytay.

(3) Dep. de Bonier.